

a Dios sus padres y abuelos, y violentando puertas sin más defensa que una hidalga confianza en el amor de los hijos de su barriada, profana, saquea e incendia la maravillosa arquitectura de la Catedral, sin que les detenga la consideración de su carácter sagrado, castizo y monumental. En el tranquilo atardecer se van consumiendo tres siglos de historia, mientras en la Puerta de Moros el humo aborascado y espeso de San Andrés clama, como el de su hermana mayor, contra la barbarie de aquella nueva verbena de blasfemias.

Muy adentro nos llegó a los arquitectos madrileños la destrucción de este templo, que supo de nuestras primeras oraciones infantiles, y no menos dolor ocasionó a los que, aun no habiendo nacido en la Corte, estudiaron el noble arte arquitectónico en la vieja casona de la calle de los Estudios. Nada había tan familiar para nosotros como aquellas ruidosas bodas, los vociferantes y castizos bateos, las comuniones de tanto chicuelo, que por un día dejaban de jugar al fútbol o a los toros, según triunfasen Zamora o Domingo Ortega, y con los mejores trapitos que la familia modesta había podido obtener de la paciencia de modistas y pantalonerías, se acercaban al trascendental momento de sus vidas con las almas tan puras como la blanca mariposa desflecada en oros que ostentaban orgullosamente en su brazo izquierdo.

La silueta airosa y maciza del cimborrio fué nuestra compañera, nuestra amiga entrañable durante seis años de juventud, bromas y prisas de última hora. ¡Cuántas veces hemos dirigido nuestras miradas a su airoso contorno en busca de la inspiración necesaria para salir airosos de las pegas de un examen! ¡Cuántas otras hemos dibujado y medido las excelencias de su decoración alegre y señorial! ¡Cuántas, finalmente, soñamos con la Corte austríaca —golillas y rubias infantas— a la sombra de sus piedras venerables!...

Los principios de la historia de este templo son más bien modestos. Al poco tiempo de fundarse la Compañía de Jesús se levantó en el mismo emplazamiento que hoy tiene la Catedral una pequeña Iglesia para el culto de los Padres de la Compañía, quienes ya a mediados del siglo XVI habían construído su Colegio formativo en la calle de Toledo, en lo que entonces era barrio señorial de Madrid.

Por la poca categoría que tenía este primer templo jesuítico fué de vida breve, y poco tiempo después doña Leonor de Mascarenhas, aya del Rey Felipe II, donaba graciosamente un solar, próximo al Colegio de referencia, para edificar una Iglesia con la necesaria categoría religiosa y artística, siendo fundador el propio Rey. Fué el nuevo templo dedicado al Apóstol San Pedro y construído por un arquitecto jesuíta, el P. Bartolomé Bustamante, inspirado constructor del Hospital del Cardenal Tavera en Toledo. Las obras duraron desde 1562 hasta 1567, año este último en el que la nueva Iglesia quedó consagrada y abierta al culto. Poco se conoce de su fábrica y disposición, pues es el caso que pronto resultó insuficiente y mezquina para el

servicio de aquella populosa barriada y poco digna del título de Imperial con que se honraba y honraba a la donante doña María, hermana mayor de Felipe II y Emperatriz de Alemania. La donación fué hecha en su testamento y su destino era el engrandecimiento del Colegio Imperial de la Compañía.

Vista la necesidad de un nuevo templo, superior en todos los conceptos a los que le habían precedido, y derribado el existente en 1603, el señorío y la devoción de Felipe IV hicieron realidad el propósito. El puso la primera piedra del nuevo edificio, proyectado por Fr. Francisco Bautista, coadjutor de la Compañía y magnífico arquitecto, continuador de la solera artística de Juan de Herrera y Francisco Mora. Las obras duraron de 1626 a 1651, siendo cambiado, a deseos del Rey artista, el antiguo nombre de Colegio Imperial por el de Estudios Reales.

El templo se puso bajo la advocación del santo misionero San Francisco Javier, S. J., beatificado en aquellos días, y para la traza de su arquitectura se inspiró Fr. Bautista en el Gesú de Roma, que ha servido de norma para tantas iglesias jesuíticas, con su planta de gran cruz latina, alta cúpula en el crucero y capillas laterales, sobre las que corren por todo el contorno de la Iglesia, tribunas para los religiosos. El estilo en que se proyectó y construyó la nueva Iglesia es el de transición entre la severidad herreriana y la libertad imaginativa de las creaciones borrominescas. Este edificio es el pri-

*Fachada principal, en 1938.*

